

# ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA

VOLUMEN XIII

\*

Editoras

Magalí Civera Cerecedo  
Martha Rebeca Herrera Bautista



Instituto Nacional  
de Antropología  
e Historia



Consejo Nacional  
para la  
Cultura y las Artes



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS  
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA  
ASOCIACIÓN MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA  
MÉXICO 2007

*Comité editorial*

Xabier Lizarraga Cruchaga  
Abigail Meza Peñaloza  
Florencia Peña Saint Martin  
José Antonio Pompa y Padilla  
Carlos Serrano Sánchez  
Luis Alberto Vargas Guadarrama

Todos los artículos fueron dictaminados

Primera edición: 2007

© 2007, Instituto de Investigaciones Antropológicas  
Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

© 2007, Instituto Nacional de Antropología e Historia  
Córdoba 45, Col. Roma, 06700, México, D.F.  
sub\_fomento.cncpbs@inah.gob.mx

© 2007, Asociación Mexicana de Antropología Biológica

ISSN 1405-5066

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización  
escrita del titular de los derechos patrimoniales

D.R. Derechos reservados conforme a la ley  
Impreso y hecho en México  
*Printed in Mexico*

## HISTORIAS, TEORÍAS Y MÉTODOS EN ANTROPOLOGÍA FÍSICA



HISTORIA Y MICROHISTORIA EN LA OSTEOLOGÍA  
ANTROPOLÓGICA. DEBATE SOBRE METODOLOGÍAS  
DE INVESTIGACIÓN DE LAS ¿POBLACIONES?,  
A TRAVÉS DE LOS RESTOS ÓSEOS

Allan Ortega Muñoz  
Florescia Peña Saint-Martin\*

*Centro Regional Quintana Roo, INAH*  
*\*Escuela Nacional de Antropología e Historia*

*Tan compleja es la realidad, tan fragmentaria y simplificada es la historia,  
que un observador omnisciente podría redactar un número indefinido, y casi  
infinito de biografías de un hombre.*

Jorge Luis Borges

RESUMEN

Se propone la construcción de ejes problemáticos de investigación como alternativa para la investigación en antropología física, con el propósito de trascender la división tradicional entre “poblaciones contemporáneas” y “poblaciones desaparecidas”. Se trata de lograr que esta división sea metodológica, derivada de las distintas fuentes utilizadas para la obtención de los datos que se utilizan en el análisis de dichos ejes, y no epistemológica, como hasta ahora parece considerarse. Desde esta perspectiva, las experiencias de investigación sobre poblaciones contemporáneas, sobre todo a partir de los estudios de caso, de corte historiográfico, deben servir de base para someter a crítica constructiva las metodologías que se utilizan en la osteología antropológica y reflexionar sobre los límites de las conclusiones que puedan elaborarse cuando se estudian fenómenos pretendidamente poblacionales a partir de restos óseos.

PALABRAS CLAVE: osteología, microhistoria, metodología.

## ABSTRACT

This paper suggests the need to create “multi-dimensional research arenas” in physical anthropology, that go beyond the traditional division between contemporary and past “populations”. If multi-dimensional arenas are to be the focus of analyses, the division does not need to be an epistemological and theoretical one. The division is needed only to assess the differences of data gathered either in live humans or human remains. Research experience in contemporary populations should be used to rethink the methodologies in osteological research. Thus, the differences between “macro” and “micro” perspectives, case studies, and quantitative vs qualitative methodologies and data analysis, should also be considered. Finally, the paper suggests that the levels of generalization that can be derived from human remains analyses, need to be reviewed.

KEY WORDS: osteology, micro-history, methodology.

### ¿PREGUNTA “ANTROPOFÍSICA” O CONSTRUCCIÓN DE EJES PROBLEMÁTICOS MULTIDIMENSIONALES?

En México, tradicionalmente, el estudio de la variabilidad física y biológica humana ha organizado sus líneas de investigación a través de dos grandes vertientes: *i)* aquella que se ocupa de la diversidad humana estudiada a partir de restos óseos, y *ii)* la que aborda a las poblaciones contemporáneas en relación con el momento socio-histórico de quien las investiga.

En un primer momento, la base de las investigaciones era la obtención de datos osteométricos o somatométricos, para realizar, por un lado, su tratamiento estadístico y, por otro, la sistematización de los elementos que se pueden observar a simple vista, llamados caracteres morfoscópicos. En fechas más recientes se comenzó a tomar en cuenta el contexto social y cultural para explicar la variabilidad aportada por los datos. Esta división epistemológica entre poblaciones vivas y desaparecidas respondía al desarrollo de la ciencia en ese lapso histórico, dominado por el positivismo lógico y el “método científico” como única forma de producir conocimiento basado en dichos datos.

Sin embargo, en las sociedades complejas actuales, la “realidad” misma ha cuestionado y exigido epistemologías distintas para responder ágilmente a los problemas emergentes, así como la reelabo-

ración de los “tradicionales”, para entenderlos en el contexto de esta nueva dinámica sociocultural de cambios extremadamente rápidos y de índole “global”, en esta “era de la información”, parafraseando a Castells (1999). En general, puede decirse que se ha transitado a visiones integradoras en las que se han borrado las fronteras entre ciencia y tecnología, ciencias “naturales” y ciencias sociales y disciplinas especializadas que respondían a la noción de que el todo puede ser conocido a través de la suma de sus partes. En la actualidad, existe suficiente evidencia de que el conocimiento novedoso se produce de otra manera en las sociedades complejas, que se mueve a partir de hechos y sucesos integrados, concatenados y extremadamente dinámicos:

El trabajo en equipo, las redes y otras formas de colaboración entre los investigadores especialistas no son meros desvíos por el gusto de la comunicación electrónica instantánea y global. Son el resultado de las consecuencias sociales de la acumulación de conocimiento y de técnicas. La ciencia ha progresado hasta un nivel en el que sus problemas más importantes no pueden ser resueltos por individuos trabajando independientemente (Casas y Diettmer 2005: 6).

Este reconocimiento explica el surgimiento y la actual promoción de “cuerpos académicos” multidisciplinarios en las universidades e institutos de investigación en el ámbito internacional (Casas 2001), entre otros muchos fenómenos. Otra característica importante en las nuevas formas de producir conocimiento es que responden a contextos problemáticos con enfoques y metodologías transdisciplinarios, heterogéneos y flexibles (Casas 2001, Casas y Diettmer 2005: 8). En general, este nuevo conocimiento se estructura a partir de *problemas-eje*, integradores y dinámicos, como: la salud y sus diferenciales sociales y culturales; la conformación de nuevas identidades; la variabilidad en el curso de vida humano; los derechos humanos y los sistemas de justicia; la producción y distribución de información y conocimiento; el desarrollo sustentable; el género, la sexualidad y la reproducción; el trabajo; los sistemas alternativos de justicia; las migraciones y los nuevos contextos interculturales y multilingüísticos, etcétera. La naturaleza misma de estos nuevos *problemas-eje* planteados por la dinámica social para que sean resueltos desde la ciencia trasciende cualquier disciplina específica, porque en sí mismos son complejos y multidimensionales (Casas 2001, Casas y Diettmer 2005).

En este contexto cabe plantearse la necesidad de que la antropología física responda a estas nuevas demandas sociales y a la producción de conocimiento innovador. Las probabilidades de actualización y desarrollo de la disciplina exigen que se vincule también a ejes problemáticos que por su naturaleza también la trascienden. En estos nuevos contextos le toca aportar únicamente sus miradas particulares a problemas complejos inexplicables dentro de sus propias fronteras disciplinarias, que no dejan posibilidad de reclamo alguno sobre la pureza de contenidos “antropofísicos”.

¿Será que a través de la construcción de ejes problemáticos multidimensionales debemos repensarnos como disciplina? Por supuesto, desde esta postura, además de trascenderse a sí misma, a la antropología física también le es necesario abandonar la separación tradicional entre poblaciones desaparecidas y contemporáneas. ¿Es que las teorías y las metodologías propias de estos *problemas-eje* son distintas según se trata de seres vivientes o vestigios de seres vivientes? ¿Estaremos confundiendo los ejes problemáticos de investigación con las fuentes de obtención de datos? ¿No deberíamos compartir teorías y metodologías y formar parte de grupos de investigación conjuntos para que investiguemos los mismos *problemas-eje*, con independencia de si los estudiamos en poblaciones desaparecidas o en grupos actuales?

Nuestra postura personal es que, en efecto, debiéramos repensar y discutir cómo (¿ejes problemáticos o preguntas de investigación “antropofísicas”?) y con quién (¿antropólogos físicos en grupos multidisciplinarios o solamente antropólogos físicos para preservar “la pureza” de la disciplina?) estructuramos nuestras investigaciones hoy, así como cuestionarnos de qué manera formamos a las nuevas generaciones frente a las demandas integradoras que, nos guste o no, se han producido en el mundo y en la ciencia. Éste es un hecho ineludible, la reflexión en el interior de la disciplina de las premisas bajo las cuales está sustentada es un medio inequívoco para tener un campo vigoroso de la investigación (Wood *et al.* 1992).

¿MICRO O MACRO? ¿CUALITATIVO O CUANTITATIVO?

En consonancia con los enfoques teóricos necesarios para investigar ejes problemáticos multidimensionales, en términos metodológicos,

en el estudio de las poblaciones contemporáneas se han discutido exhaustivamente las líneas divisorias entre las estrategias cuantitativas y las cualitativas de investigación (Kelle 2001, Minayo 1993). No son pocos los investigadores que han optado por una “combinación de métodos” (Castro y Bronfman 1999, de Souza y Cruz 1999) o “triangulación” (Samaja 1992), metáfora discursiva que en realidad abre un abanico de distintas posibilidades: convergencias, complementariedades o divergencias en el uso de métodos cuantitativos y cualitativos en un solo proyecto (Kelle 2001).

Durante el periodo de dominio del “método científico” la manera “científicamente” aprobada de probar hipótesis era la cuantificación estadística de los datos y la “comprobación” de certezas probabilísticas –que, sin embargo, muchas veces se interpretan con una rigidez extrema injustificada– a través de la aplicación de distintas pruebas de significancia (según las características de la muestra y del instrumento aplicado). Sin embargo, poco a poco se ha logrado reconocer el papel de la subjetividad en la construcción de las verdades “científicas”, principalmente pero no sólo, en las ciencias sociales. Se ha debatido el papel del investigador en la selección misma del tema a tratar, en las relaciones intersubjetivas e interculturales con sus sujetos investigados, en la selección de los datos por recabar y en su interpretación (estos dos últimos puntos, importantísimos en el caso del estudio de series esqueléticas, y discutidos en la paradoja osteológica como se verá más adelante), donde ya se reconoce que las posiciones personales son producto de momentos históricos y de experiencias biográficas, y que forman parte ineludible de los resultados encontrados.

En las “poblaciones” contemporáneas la perspectiva macro se relaciona con mucha frecuencia con el uso de métodos cuantitativos, por la enorme cantidad de datos que hay que manejar, generalmente producto de censos y encuestas de grandes agregados –incluso muestreos nacionales– que incluyen muchas variables; mientras que el análisis cualitativo es propio de los estudios de caso, reconstrucción de trayectorias, informantes clave y etnografías. El cuestionamiento que se hace a los primeros es su generalidad, mientras que a los segundos se les remarca su escasa o nula representatividad.

Desde nuestro punto de vista, los problemas en la interpretación osteológica surgen de la extrapolación de las experiencias de las in-

vestigaciones en poblaciones contemporáneas a contextos distintos, sin las mediaciones, reflexiones y ajustes necesarios. Por un lado, en las ciencias sociales contemporáneas, el mismo concepto de “población”, tan usado en la demografía, ha sido objeto de debate, dado que sus imbricaciones o fronteras con otros criterios de agrupación de las colectividades están basadas en identidades y/o en relaciones interpersonales socialmente definidas, tales como grupo social, etnia, clase, familia, nacionalidad, etcétera, y todos estos conceptos pueden no estar claramente definidos en los estudios que usan el concepto *población*. Esto es así porque el conjunto de individuos que se asumen o no como parte de una “población” no es mecánico; la subjetividad y la cultura tienen un papel importante en el sentido de pertenencia.

Todo esto nos ha llevado a cuestionarnos las conclusiones a las que frecuentemente llegamos y la manera en que reportamos nuestros hallazgos. Por ejemplo, vale la pena recordar que en la aplicación de pruebas de significancia se exigen condiciones en las muestras (30 casos y distribución estadística gaussiana) que pocas veces se cumplen en los datos obtenidos de restos óseos, ya sea por la escasez del material o por su mal estado de conservación. Por tanto, en el contexto prehispánico mexicano parecería que la norma es que se trabaje con perspectivas “micro”, donde cada sujeto o un conjunto de ellos son, realmente, “estudios de caso”. Por tanto, las conclusiones encontradas en éstos no podrían ser generalizables porque no se asegura que representen al conjunto de la población ni que sean oriundos del territorio donde se les encontró (lo cual sería tema de otra exposición). Esto hace, por lo mismo, necesario revisar con cuidado las interpretaciones y las conclusiones que derivamos de nuestros hallazgos.

## LO PREHISPÁNICO COMO “OBJETO DE ESTUDIO”

En parte, la separación del estudio de la biología humana en dos objetos de estudio distintos (los grupos humanos contemporáneos y los desaparecidos) se puede explicar por el desarrollo mismo de la ciencia en México, lo cual ha significado un avance pero también una limitación para la evolución de la antropología física en nuestro país.

... el logro mayor de la antropología que surgió de la Revolución [...] fue haber creado una concepción... que reconoció el carácter original de las diversas culturas mesoamericanas y a partir de este reconocimiento discurre enfoques idóneos para comprender su desarrollo dentro de sus propios marcos históricos y culturales (Florescano 1992: 7).

De esta manera, en la fundación de la antropología mexicana moderna (1930-1950) se privilegió un análisis global de las culturas mesoamericanas (Florescano 1992: 10), y los antropólogos físicos contribuyeron a este debate con el análisis de restos óseos producto de las excavaciones arqueológicas, pero muchas veces al margen de las discusiones propias de los problemas inherentes a la biología de las poblaciones. Desde el positivismo lógico, el estudio de la variabilidad biológica de las poblaciones humanas se presenta a manera de rompecabezas desintegrados con dimensiones temporales y regionales, justamente porque toma el todo como la suma de sus partes. Por un lado, están los problemas teórico conceptuales de los grupos que nos antecedieron, grupo a grupo, sitio a sitio y periodo a periodo, y, por el otro, los mismos, pero de los grupos contemporáneos que ni siquiera se les considera una continuación del mismo rompecabezas, que proviene de las poblaciones del pasado; por lo que decimos que el rompecabezas no está integrado.

De esta manera, la analogía entre el rompecabezas y el conocimiento sobre la biología humana tiene que ver con la concepción de la realidad, las fuentes de datos, los documentos que se utilizan, las representaciones históricas, la búsqueda, o no, de la verdad y la metodología inherente al proceso de investigación. Para exponer esta problemática en perspectiva, con la finalidad de que se entienda mejor, usaremos la metáfora de la diferencia entre el detalle y el fragmento en el arte. Si se conoce la totalidad de una obra (cualquiera que sea), las partes que la constituyen son detalles de la misma; pero si la totalidad se ignora, esas partes son fragmentos. Un *detalle* es un corte, una sección que se hace de algo entero con fines analíticos; un *fragmento* alude a algo que está roto, que no se sabe cómo encaja en el todo, que no se conoce; no es una sección deliberadamente escogida, sino una fracción circunstancial, accidental; la totalidad está ausente, está inasible y se desdibuja, y si se le quiere reconstruir, se procede a tuestas, añadiendo partes y completando vacíos. Por tanto, el reto es recuperar

detalles (o *ejes problemáticos*), y no los fragmentos (*temas aislados*) de los procesos de la vida humana, la cual es la totalidad de la obra que se quiere conocer. Por tanto, éstos son partes de un rompecabezas que se irán pegando uno a uno con simple paciencia, y se debe tener en mente que quizá algún día se van a agrupar por completo, sin tener certero conocimiento de cuando será ese día o si lo lograremos.

Así, la teoría que explica los estudios de la salud, la nutrición, la desigualdad social, con perspectiva de género, de la relación sociedad-ambiente, etcétera, en contexto, cada uno de éstos, con un sistema cultural, social, económico o político en el interior de la sociedad que se quiere investigar, la podríamos reconocer como los “detalles” de la vida humana, como “obra”, y los fragmentos serían tan sólo sus indicadores, distribuciones de grupos (cualesquiera que sea) con ciertas características inherentes a ellos, cuyos elementos se encuentran aislados e incomunicados, con una explicación razonada sobre su existencia.

#### DIFICULTADES EN EL USO DE LOS RESTOS ÓSEOS COMO FRAGMENTOS PARA DISCERNIR DETALLES

De aquí en adelante nos referiremos a las dificultades de la antropología física en el estudio de los restos óseos para que éstos dejen de ser sólo “fragmentos” de un todo inacabado y transiten a ser la vía para conocer los “detalles” (o *ejes problemáticos*) de la obra llamada “vida humana”.

Para ello desarrollaremos tres líneas de reflexión en este ensayo que van a ir unidas por un punto de cohesión y que será el cómo se conforman las colecciones esqueléticas, su interpretación y su posible relación con los estudios historiográficos como un método para su reinterpretación. Este último elemento constituye nuestra propuesta para zanjar algunos de los problemas inherentes que se han estado debatiendo a lo largo de la última década del siglo XX, que se refiere a las colecciones óseas y sus interpretaciones para el estudio de los grupos humanos del pasado a través de ellas. Estas líneas son:

- La problemática sobre la verdad y el tiempo en relación con “la paradoja osteológica” en antropología física (Wood *et al.* 1992);

- La problemática de los estudios poblacionales, sus limitantes y aportaciones, basados en restos óseos;
- La perspectiva “micro” en el análisis de las colecciones de restos óseos de grupos humanos alguna vez vivos, particularmente a partir de la microhistoria, para lo cual se expone su definición, su marco teórico y su posible aplicación en el estudio de las poblaciones pasadas;
- Por último, se reflexiona sobre si lo aquí discutido puede ser una guía para el estudio de las poblaciones del pasado a través de restos óseos.

#### VERDAD Y TIEMPO EN LA PARADOJA OSTEOLÓGICA

Verdad y tiempo son dos elementos esenciales e inherentes al momento de la interpretación histórica de los procesos sociales que investigamos. Nunca escapan de nuestros estudios. La verdad puede estar asociada con la objetividad de que disponemos para analizar cada momento socio-histórico y, por lo tanto, estar definida como *verdad histórica y científica*. Ella tiene un carácter dinámico, inacabado, como lo han señalado múltiples autores.

La historia, comenta Huizinga (*cfr.* Ortega y Medina 1992: 42), es, de todas las ciencias, la que se acerca más a la vida. En ello reside su debilidad y su fuerza. Hace variables sus normas, dudosa su certidumbre; pero al mismo tiempo le da universalidad a lo que analizamos. Sin embargo, la verdad histórica no es una, sino múltiple, según los lugares y las épocas, añade Iglesias (*cfr.* Ortega y Medina 1992: 42). Esto nos recuerda lo señalado por Wood *et al.* (1992: 356, 357) cuando reinterpretan los datos hasta el momento señalados por Cohen y Armelagos (1984) a la luz de nuevas consideraciones no vistas por estos autores (sobre el debate específico véanse Cohen 1994, Wood y Millner 1994). Ellos manifiestan que su interpretación de las consecuencias de la transición de la caza-recolección hacia la agricultura en la salud de las poblaciones humanas no es necesariamente más correcta (¿verídica?) que las previas, sino que ambas pueden ser correctas para diferentes periodos y lugares donde habitó el ser humano, pues los modelos interpretativos “tienen un número infinito de valores de las probabi-

lidades de las poblaciones que son igualmente compatibles con las probabilidades agregadas observadas” (p. 357).

Esto lo podemos resumir en la sentencia de Juan de Mairena (cfr. Ortega y Medina 1992: 43) acerca de lo pasado, que él ve como una materia de infinita plasticidad, apta para recibir las más variadas formas. De tal manera, el pasado humano, en lugar de ser una realidad ajena a nosotros, es nuestra realidad, y si concedemos que el pasado humano existe, también tendremos que conceder que existe en el único sitio en que puede existir: en el presente, es decir –añade de Mairena–, en nuestra vida, así como los hechos están fabricados y seleccionados previamente por el investigador (cfr. Ortega y Medina 1992: 43).

La verdadera historia es, por tanto, para León-Portilla (1992: 57) una búsqueda de significados. Al estudioso de las poblaciones del pasado le interesa esclarecer las relaciones que puede haber entre diversos acontecimientos, [y] precisar [sus] causas y [sus] efectos.

El tiempo resurge en nuestro discurso, por aquello de los acontecimientos, siendo el mismo León-Portilla (1992: 58) quien nos proporciona una interesante reflexión acerca del tiempo, *¿qué es y qué significa existir en el tiempo?* La constatación humana del cambio de la materia es el tiempo, pero éste es una construcción cultural, no de una entidad ajena a la subjetividad humana. La conciencia integra –capta y entiende– el tiempo, lo que va aconteciendo en un día, en un mes, o a lo largo de los años. Los historiadores integran un tiempo y un espacio que ya no existen, y en esta labor ni el tiempo ni el espacio los limitan; entonces se pregunta León-Portilla: ¿cómo puede pretender un historiador saber de hechos tan lejanos? Esto lo hace a través de la integración de los restos materiales y de las fuentes escritas: vestigios y testimonios.

En cuanto a los estudiosos del pasado, cuyo interés es integrar una imagen coherente de las antiguas culturas, en este caso las que habitaron en Mesoamérica, por poner un ejemplo, su tarea no es fácil –señala León-Portilla–, por el tipo de testimonios y vestigios de que disponen. El gran problema, acota el autor, es encontrar críticamente la metodología más adecuada para integrar una imagen significativa de desarrollos culturales alejados en el tiempo. La meta es integrar esa imagen de secuencias temporales remotas[...] pero sabiendo que el pasado se encuentra insoslayablemente interpretado desde el presente (p. 58).

“LOS DATOS NO HABLAN POR SÍ MISMOS”: ELEMENTOS A CONSIDERAR EN LA INTERPRETACIÓN DE LAS COLECCIONES ÓSEAS

Wood *et al.* (1992) enlistan tres problemas para el estudio de los diferentes grupos humanos, analizados a través de sus restos óseos, los cuales pueden servir de marco conductor para elaborar propuestas que permitan encontrar nuevos derroteros en la investigación antropofísica. Ellos exponen el siguiente argumento: los antropólogos físicos disponen de series esqueléticas de las cuales extraen información estadística (frecuencia de lesiones en huesos y dientes, edad promedio en el momento de la muerte, etcétera) que relacionan con el estatus de salud de las poblaciones pasadas representadas por los restos óseos analizados. Así, se elaboran modelos paleoepidemiológicos y paleodemográficos de estas sociedades. Sin embargo, al hacerlo pasan por alto, consciente o inconscientemente, tres problemas conceptuales:<sup>1</sup> la no estacionariedad demográfica (su impacto está al momento de realizar cálculos paleodemográficos y por ende sus interpretaciones); la mortalidad selectiva, siendo su campo de acción la conformación de la muestra esquelética seleccionada, la cual estará sesgada hacia grupos de edad o sexo, o sector específico de la población, y por ende no serán representativas de la población que se va a estudiar; y por último, la inmensurabilidad de la heterogeneidad individual [*heterogeneidad escondida*] al riesgo de enfermarse o morir, lo que significa que “la población con la cual las series esqueléticas están ensambladas fueron hechas por una mezcla desconocida de individuos cuya variedad en su subyacente “debilidad” [*frailty*, concepto en inglés] o susceptibilidad a enfermarse o morir” (1992: 345) no se puede conocer.

No pretendemos en este ensayo hacer una reflexión exhaustiva de estas tres problemáticas, simplemente queremos recuperar algunos elementos de suma importancia que han surgido a lo largo del debate y permiten realizar nuestra reflexión, sobre todo conceptualmente. De lo anterior obtenemos que debemos estar vigilantes, como científicos sociales, del lenguaje conceptual utilizado (muestra, población,

<sup>1</sup> Existen otra series de cuestionamientos acerca de los estudios osteológicos de la poblaciones pasadas: conservación diferencial de segmentos óseos (por constitución personal, edad y género, por señalar algunos); hallazgos estocásticos de los entierros; metodologías y técnicas controversiales para estimar edad, etcétera.

etcétera) y de las conclusiones que pueden derivarse de los análisis (la “población” maya del Clásico, la frecuencia de “x” enfermedad en la “población”), tal como sucede en los “estudios de caso” de las poblaciones contemporáneas. Varios de estos hechos también han sido señalados por otros importantes investigadores (Goodman 1993, Saunders y Hoppa 1993).

Cohen (1994: 629) señala, como parte de la crítica a la heterogeneidad escondida propuesta por Wood *et al.*, que, a excepción de una extrema selectividad, la cohorte de muertes actuales de una población, para cualquier año, normalmente sería una justa representación de la población viviente desde la cual ésta llega, porque, añade el autor, la naturaleza del azar en las muertes sin seleccionar presenta solamente un pequeño sesgo para cada de las diferentes ventajas selectivas ligeras. En particular, la mayoría de las muertes humanas están relacionadas débilmente con las enfermedades crónicas que los esqueletos humanos muestran (o estas patologías tienen solamente un pequeño porcentaje de contribución a la probabilidad de muerte) y los esqueletos pueden, por lo tanto, ser una muestra aleatoria con respecto a las patologías esqueléticas visibles en el conjunto de individuos que solemos denominar “la población”.

La reacción de Wood y Milner (1994), a lo precisado por Cohen, no se hizo esperar, argumentaron que estas dos condiciones (la heterogeneidad y la selectividad) son universales en todas las poblaciones humanas y que la selectividad de la mortalidad puede operar en total ausencia de la selección natural. Para estos autores, la suposición fuerte de los osteólogos acerca del estudio de las condiciones de vida de las poblaciones del pasado, en cuanto a su representatividad, se plantea sin examinar las implicaciones que ésta tiene. Y, sobre todo, la suposición de Cohen (1994) acerca de que la mortalidad no es selectiva pone en duda esta aserción, base de la labor de la mayoría de los epidemiólogos y los demógrafos con las poblaciones contemporáneas y, por extensión, de los osteólogos.

Varios autores están de acuerdo con Cohen en que la mortalidad presenta elementos estocásticos, los cuales han sido evaluados por modelos demográficos (véase Wood *et al.* 2002). No obstante, Wood y Milner aseveran que las colecciones esqueléticas son, en general, una muestra sesgada de la población viva. El sesgo puede ser grande o pequeño,

pero existe matemáticamente, y no hay ni teoría ni evidencia empírica que muestre que pueda ser simplemente ignorado, como ocurre con frecuencia (1994: 635).

### ¿QUÉ ES ESO QUE LLAMAMOS POBLACIÓN?

De lo anterior desprendemos la reflexión sobre una de las categorías comúnmente utilizadas en el análisis de los restos óseos a partir del final de los años sesenta:<sup>2</sup> “la población”. Srivastava (1994) señala que a finales de los años setenta y, en especial, en los años ochenta las ciencias antropológicas fueron fuertemente influenciadas por la demografía, sobre todo por la teoría de las poblaciones estables, lo que la encaminaba a comprender las variables demográficas dirigidas a los cambios en las facetas de la estructura social de las sociedades preindustriales.

El concepto de población es una entidad abstracta que engloba a todos los grupos sociales<sup>3</sup> divididos por alguna categoría. El individuo, la unidad de la población (*la base de la sociedad*), homogeneiza y diluye las diferencias, constituyéndose en sujeto histórico. Esto permite hacer la enumeración, la suma o la agregación de los individuos indiferenciados y, por tanto, la categoría *población*, en nuestros tiempos, es usada para designar al conjunto de habitantes de un lugar. Por tanto, el individuo es la “base del concepto moderno de población”, que es simplemente la suma de las características de los individuos que la conforman (Canales 2001: 386).

Otro punto importante acerca del uso de esta categoría analítica es que “designa algo real y concreto”, que bajo las consideraciones de Canales (2001) hace al investigador presa de una ilusión metodológica que lleva a aceptar una abstracción numérica como una representación de realidades empíricas y concretas; pero la población *no existe*, sentencia

<sup>2</sup> Véase igualmente, sobre este punto, lo señalado por Ann Katzenberg 1992: 361.

<sup>3</sup> Son aquellos grupos de individuos en donde las asociaciones son mantenidas sobre el tiempo y el espacio, donde los individuos son consistentemente interactivos, donde el reconocimiento individual de otros puede ser encontrado y donde las asociaciones están relacionadas familiar y genéticamente (Foley y Lee 1996).

el autor, es una invención de la modernidad, un concepto históricamente determinado (Canales 2001: 386-387) y, agregaríamos nosotros, es una herramienta metodológica para el análisis de grandes agregados, donde la “población” se conforma por la suma de individuos que se encontraron juntos.

¿Qué implicaciones tiene en el discurso antropofísico el concebir a la población de esta manera? Bien se ha dicho que ha habido un cambio cualitativo desde los años setenta a fechas recientes al pasar del análisis de los individuos y sus peculiaridades al enfoque poblacional (paleoepidemiología y paleodemografía) en nuestra disciplina, pero ello nos ha llevado a perder la *diferencia en el interior de la unidad* (parafraseando a Canales 2001) y hemos creado una entelequia que nos permite agregar individuos “arbitrariamente” y efectuar generalidades a partir de ellos.

Empleando esta información para discernir sobre lo que hacemos con las colecciones esqueléticas, Wilkinson (1992: 364) señala que regularmente se acepta que las series esqueléticas son entidades unificadas, más que una colección de subgrupos que fueron expuestos a morir a diferentes edades. Como consecuencia, señalan Wood *et al.*, las inferencias paleodemográficas y paleoepidemiológicas (paleopatológicas específicamente como lo exponen los autores) son problemáticas. “Aun si se quisiera clasificar a las poblaciones prehistóricas por su nivel general [demográfico o de salud], añaden los autores, el problema sería que las poblaciones no pueden ser significativamente comparadas, si sus distribuciones de fragilidad difieren en forma desconocida” (1992: 349).

Por tanto, en osteología se ha creado una falsa unidad de análisis “poblacional” a través de las colecciones esqueléticas que se analizan. Hemos retomado el concepto de población sin una reflexión sobre sus implicaciones y lo hemos impuesto con calzador teórico (por demás endeble) a los problemas que enfrentamos al estudiar a las sociedades del pasado. Queremos estudiar a estas sociedades como se estudian a las sociedades del presente en la demografía, la epidemiología, la nutrición, haciendo equivalentes teóricos-conceptuales: paleodemografía, paleoepidemiología, paleonutrición, etcétera; pero sin una reflexión exhaustiva de los principios teóricos y metodológicos. Consideramos que una de las vías para la solución de este nudo académico es tomar

en cuenta elementos teóricos provenientes de la historia, concretamente la microhistoria.

### CAMBIO DE PARADIGMA EN LA OSTEOLOGÍA ANTROPOLÓGICA: ¿HACIA LA MICROHISTORIA?

La *historia desde abajo* –o microhistoria– y la antropología que se basa en el estudio de los restos óseos, desde nuestro punto de vista, tienen similitudes extraordinarias en sus objetivos. Según E. P. Thompson (*cf.* Serna y Pons 2000: 33), su centro es la exhumación de lo que fue la vida de la gente “corriente”, lo que obliga a ampliar la visión del pasado al incorporar sujetos de sectores populares de los que antes nadie sabía ni se decía nada. González y González (1997: 15) comenta que Nietzsche distinguió tres tipos de historia: *i*) la monumental, *ii*) la crítica, y *iii*) la anticuaría o arqueológica; a esta última la define como la que “con fidelidad y amor vuelve sus miradas al solar natal” y gusta de lo pequeño, lo restringido, lo antiguo, lo arqueológico, es decir, la microhistoria.

En palabras de Serna y Pons (2000), la microhistoria es reivindicación de las comunidades pequeñas y su necesidad de contar con una historia propia, añade Wobeser (1992). “... ya en los años ochenta cada pueblo del país empezó a exigir su derecho a la diferencia con respecto a otros pueblos, a querer tener su propia historia...”, refiere González y González (1992: 37).

Según Giovanni Levi (*cf.* Serna y Pons 2000: 34-35), hay tres rasgos de proceder de la microhistoria, dos de los cuales interesan aquí: primero, la reducción de escala, que es el *dictum* central de la perspectiva micro, el cual permite cambiar el enfoque habitual de las cosas; la creencia de que la observación microscópica revelará factores anteriormente no observados debido a la sustitución de las preguntas obvias que por automatismo formulamos; y, segundo, la elaboración de un paradigma que aborda el conocimiento de lo particular y que lo integra dentro del saber científico y formal.

Por lo tanto, los microhistoriadores se caracterizan por tres elementos: *i*) por hacer de su trabajo un constructivismo consciente en el que no hay nada dado de antemano, en el que no pueden aceptarse

ciertas evidencias epistemológicas tradicionales; *ii*) por un antiescepticismo que es la apuesta cognoscitiva más específica de la microhistoria italiana; y *iii*) por el contexto de estudio “si de cosas pequeñas nos ocupamos, hemos de hacerlo ubicándolas en el tiempo y espacio correspondiente” (Ginzburg, *cfr.* Serna y Pons 2000: 236-237).

El espacio de la historia local, la microhistoria, tiene límites poco precisos y muy cambiantes, oriundos del sentimiento y de la acción, sentencia González y González (1991: 25), suele ser definida como el *terruño*. Sus características se pueden resumir de la siguiente manera y siempre siguiendo la guía de Luis González (1991: 24-25): este espacio puede ser una breve corporación, un barrio, una colonia dispersa en una urbe, un pueblo o una villa, una ciudad monovalente. Es una *matria*, una *patria chica*, como le llama nuestro autor, la cual es un espacio geosocial que imprime una marca a sus habitantes. Así, la *matria* o el *terruño* se distingue por tener límites administrativos que lo separan de otros *terruños*, con población escasa, donde todos se conocen entre sí, y posiblemente todos se unen mediante lazos consanguíneos o de parentesco no necesariamente biológicos. En estas comunidades las ligas de orden social son poco económicas y muy sanguíneas y emotivas, añade Luis González, aunque en su interior se presenta un orden jerárquico impuesto por caciques o personajes que ostentan el poder (económico, militar o religioso). Cosa contraria, afirma él, con las medianas comunidades de una región donde sí se establecen importantes lazos económicos. En el *terruño* se destacan los valores culturales de las distintas épocas. Confronta lo lugareño con la región y la patria común. Una historia local es difícilmente concebible si no la precede o acompaña la descripción del contorno.

La historia local es casi siempre geohistórica; es difícil y no es deseable arrancarla de su residencia, de su ritmo de vida, lentísimo, en el que se nutren y reposan estructuras sociales, económicas y culturales, así como acontecimientos de toda índole. La minihistoria sólo se entiende si se parte de la vida natural. La microhistoria evita las falsas generalizaciones, busca las excepciones de la teoría que esgrimen las demás ciencias sociales, pone *peros a las simplificaciones [sic]* de otros científicos sociales. González y González (1997: 14) señala que “lo importante no es el tamaño de la sede donde se desarrolla el estudio microhistórico, sino la pequeñez y cohesión del grupo que se estudia,

lo minúsculo de las cosas que se cuentan acerca de él y la miopía con que se las enfoca”.

La maxihistoria puede partir de los sucesos de duración media y quedarse en ellos como lo hacen las historias económica y social. La microhistoria se agarra de los hechos hallados por el arqueólogo y por la tradición oral, echa mano de los papeles de familia, registros eclesiásticos, registros notariales, censos de población y económicos, informes de personajes clave del terruño: curas, alcaldes, gobernadores, etcétera, de libros de viajeros y de reportajes para la prensa periódica (González 1971: 226-227; 1991: 24-25, 29, 35).

La maxihistoria trabaja con personajes clave, con masas, con entidades ficticias (el Estado, la nación). Los protagonistas de la microhistoria son generalmente los individuos del pueblo raso o si se quiere de la elite local que difiere muy poco de la masa local. La vida local raramente deja huellas abundantes. La microhistoria es distinta de la historia a secas por su mayor dosis de emotividad, presencia, geografía, detalle y literatura, y por ser menos formalista, metódica, cuantitativa y científica. La microhistoria llega a su destino a través de la hermenéutica imprescindible en el género histórico, aspira, más que a saber, a conocer a la gente, a la sociedad que estudia.

La tradición de la historia local entre los estudios de las poblaciones se remonta a la época prehispánica. Jiménez Moreno (citado por González y González 1971: 229) comenta que:

En Mesoamérica sólo existía la historia parroquial [*sic*]. Nuestros indígenas carecían del concepto de historia general y en lápidas o en códices consignaban sucesos relativos a su terruño, rebasando este estrecho marco sólo cuando se trataba de conquistas efectuadas en lugares más o menos distantes, o cuando se aludía a lejanos puntos de partida de donde procedían algunos inmigrantes. La historia precolombina es, pues casi siempre microhistoria.

Ignacio Ramírez, citado igualmente por González y González (1971: 235-236), comenta atinadamente, y que nos debería hacer eco: “en vano nos empeñamos en confundir en una *sola a cien* naciones diferentes” [*cursivas por los autores*]. Por lo que México, o lo que conocemos como México, desde tiempos precolombinos hasta el actual, es altamente plural (González y González 1991: 26). Luis González y González (1991: 26) afirma, por lo tanto, que “es posible, aunque no

deseable, estudiar los terruños de México en forma aislada”; empero cada terruño, cada matría, no es un ente aislado y autónomo sino piezas de un proceso regional y es más amplio que la región.

Para finalizar este apartado sólo queremos retomar lo que dice González y González y que es por demás curioso. Él afirma que la microhistoria se hace más con conjeturas que con testimonios, que todavía anda a tientas. ¿Será esto un paralelismo con la antropología física, en específico, con la osteología antropológica, que trabaja más con conjeturas que con los testimonios de las culturas que queremos analizar?

#### COMENTARIOS FINALES

De acuerdo con Wood *et al.*, las inferencias sobre la salud y modos de vida y, diríamos nosotros, la reconstrucción de las diferentes facetas de la sociedad del México antiguo, a partir de los *detalles* enmarcados en análisis paleodemográficos y paleopatológicos dentro de *ejes-problema*, no son imposibles: “Simplemente tales inferencias son más difíciles de lo que originalmente se creía y por ende también más interesantes” (Wood y Milner 1994: 636). La solución para las problemáticas planteadas arriba, bajo consideración tanto de Goodman (1993) como de Wood y Milner (1994), está en encontrar las interrelaciones de los procesos con modelos que ayuden explicar las observaciones en restos óseos.

Sin embargo, el contexto histórico-arqueológico del México antiguo enriquece y dificulta la creación de tales modelos, ya que se tratan de sociedades estratificadas, complejas y que en su mayoría se desarrollaron por largos periodos; esto hace que la tarea de la construcción teórica no sea fácil. Por tanto, creemos que el marco de referencia de la *microhistoria* puede ser importante para delimitar los universos de análisis. En el estudio de colecciones osteológicas es modesto, se refiere a la visión “micro”, propia de los estudios de caso, y no a los “hechos” de grupos sociales y culturales formados por cientos o miles de personas con identidades y relaciones sociales diversas, en regiones ocupadas por cientos de años, que no podemos *aprehender* a partir de unos cuantos indicadores (antropofísico-arqueológicos).

Las críticas justificadas de Wood *et al.* (1992) han sido un parteaguas en la antropología física; quisiéramos seguir en el camino de la deconstrucción teórica de la disciplina con la finalidad de evitar las inercias y las interpretaciones mecánicas que hacemos continuamente en los trabajos osteoantropológicos. Nuestro aporte es mínimo, ya que solamente hemos planteado el uso de la microhistoria para salvar, tangencialmente, un problema de tantos a los que se enfrenta la interpretación de la variabilidad humana en su devenir por medio de restos óseos, el cual para su mejor interpretación tiene que ver con la selección de la muestra y su ubicación en tiempo y espacio. Siendo específicos, si tomamos en cuenta que las colecciones esqueléticas son agrupaciones de individuos que estuvieron bajo el riesgo de morir en una edad específica, en tiempo y lugar específicos, y que por lo tanto son agrupaciones de individuos sesgados por la *heterogeneidad individual* y la *mortalidad selectiva*, proponemos evitar la tentación de hacer inferencias a grandes escalas o realizar interpretaciones maxihistóricas, como el señalar: “las condiciones de vida de la ‘sociedad maya’ en el Poclásico tardío era tal o cual”, sino ser más conservadores y hurgar dentro del ropaje de la microhistoria procesos sociales de la localidad que tratamos de descubrir, deshilvanado la madeja en busca de *detalles* que nos hablen más de los diferentes grupos humanos que constituyen la población, y no de la población en general en abstracto (pues esto es de suma importancia en el discurso de Wood *et al.*), con preguntas de investigación sustentadas en marcos teóricos sólidos extraídos, por ejemplo, de la teoría antropológica o de la sociología, sin perder la visión micro, y por lo tanto respondiendo a *ejes-problemáticos*.

Wood *et al.* exponen muy bien (1992: 357) que los osteólogos debemos permanecer como consumidores más que productores de la teoría relevante. No ceder a la tentación de querer ser historiadores, genetistas, epidemiólogos, etcétera, para resolver los problemas teórico-metodológicos que nos atañen, sino que a partir de los trabajos de los colegas encontremos las respuestas y fortalezcamos el desarrollo de un mejor entendimiento del rol jugado por el contexto cultural en determinar la solución de los problemas centrales: la heterogeneidad y la mortalidad selectiva de las poblaciones. Así, esperamos que esta contribución permita abrir el debate a la reflexión teórica y la renovación constante de nuestra disciplina.

## REFERENCIAS

CANALES, A. I.

- 2001 Discurso demográfico y posmodernidad. Una revisión crítica del pensamiento maltusiano, *Estudios sociológicos*, XIX (56): 381-417.

CASAS, R.

- 2001 *La formación de redes de conocimiento. Una perspectiva regional desde México*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM y Anthropos, Barcelona.

CASAS, R. Y J. DIETTNER

- 2005 Sociedad del conocimiento, capital intelectual y organizaciones innovadoras, *Cátedra del espacio común de enseñanza superior de la Unión Europea, América Latina y el Caribe "Sociedad del conocimiento"*, Secretaría de Educación Pública y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-México.

CASTELLS, M.

- 1999 *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, volumen III, Siglo XXI Editores, México.

CASTRO, R. Y M. BRONFMAN

- 1999 Problemas no resueltos en la integración de métodos cualitativos y cuantitativos en la investigación social en salud, M. Bronfmann y R. Castro (coords.), *Salud, cambio social y política. Perspectivas desde América Latina*, EDAMEX-Instituto Nacional de Salud Pública, México.

COHEN, M. N.

- 1994 The osteological paradox reconsidered, *Current anthropology*, 35(5): 629-631.

COHEN, M. N. Y G. J. ARMELAGOS

- 1984 *Paleopathology at the origins of the agriculture*, Academic Press, Nueva York.

DE SOUZA, M. Y O. CRUZ

- 1999 Triangulación de métodos en la evaluación de programas y servicios de salud, M. Bronfmann y R. Castro (coords.), *Salud, cambio social*

y política. *Perspectivas desde América Latina*, EDAMEX-Instituto Nacional de Salud Pública, México.

FLORESCANO, E.

- 1992 La nueva interpretación del pasado mexicano, H. Crespo, E. Florescano, L. González y González, M. León-Portilla, C. Marichal, C. Martínez Assad, Álvaro Matute, J. Muriel, J. A. Ortega y Medina, S. Ortega Noriega y S. Zavala (coords.), *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 7-27.

FOLEY, R. Y P. LEE

- 1996 Finite social space and the evolution of human social behaviour, J. Steele y S. Shennan, *Human ancestry. Power, sex and tradition*. Routledge, Londres: 43-66.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, L.

- 1971 Microhistoria para Multiméxico, *Historia mexicana*, XXI (2): 225-241.  
 1991 Terruño, microhistoria y ciencias sociales, Pérez Herrero (ed.), *Región e historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional*, Instituto de Investigaciones "Dr. José Ma. Luis Mora" y Universidad Autónoma Metropolitana, México: 23-36.  
 1997 *Invitación a la microhistoria*, obras completas de Luis González y González, tomo IX, Clío, México.

GOODMAN, A. H.

- 1993 On the interpretation of health from skeletal remains, *Current anthropology*, 34(3): 281-288.

KATZENBERG, M. A.

- 1992 Comments, *Current anthropology*, 33(4): 361.

KELLE, UDO

- 2001 Sociological explanations between micro and macro and the integration of qualitative and quantitative methods, *Forum: Qualitative social research (online-journal)*, <http://qualitative-research.net/fqs/fqs-eng-htm>, 4 de septiembre del 2005.

## LEÓN-PORTILLA, M.

- 1992 El tiempo y la historia, H. Crespo, E. Florescano, L. González y González, M. León-Portilla, C. Marichal, C. Martínez Assad, Á. Matute, J. Muriel, J. A. Ortega y Medina, S. Ortega Noriega y S. Zavala (coords.), *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 57-67.

## MINAYO, M. C. S.

- 1993 Cuantitativo-qualitativo: o posicao ou complementariedade, *Cadernos de saude pública*, Río de Janeiro, 9 (3): 239-262, jul/sept.

## ORTEGA Y MEDINA, J. A.

- 1992 La verdad y las verdades, H. Crespo, E. Florescano, L. González y González, M. León-Portilla, C. Marichal, C. Martínez Assad, Á. Matute, J. Muriel, J. A. Ortega y Medina, S. Ortega Noriega y S. Zavala (coords.), *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 39-46.

## SAMARA, J.

- 1992 La combinación de métodos: pasos para una comprensión dialéctica del trabajo interdisciplinario, *Educación médica y salud*, vol. 26, núm. 1: 4-34.

## SAUNDERS, S. R. Y R. D. HOPPA

- 1993 Growth deficit in survivors and non-survivors: biological mortality bias in subadult skeletal samples, *Yearbook of physical anthropology*, 36: 127-151.

## SERNA, J. Y A. PONS

- 2000 *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlos Ginzburg*, Frónesis, Cátedra Universitat de València, Fuenlabrada, Madrid.

## SRIVASTAVA, A. R. N.

- 1994 On demography and social structure, *Current anthropology*, 35(4): 434-435.

## WILKINSON, R. G.

- 1992 Comments, *Current anthropology*, 33(4): 364-365.

WOBESER, G. VON

- 1992 Prefacio, H. Crespo, E. Florescano, L. González y González, M. León-Portilla, C. Marichal, C. Martínez Assad, Á. Matute, J. Muriel, J. A. Ortega y Medina, S. Ortega Noriega y S. Zavala (coords.), *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 5-6.

WOOD, J. W., G. R. MILNER, H. C. HARPENDING Y K. M. WEISS

- 1992 The osteological paradox. Problems of inferring prehistoric health from skeletal samples, *Current anthropology*, 33(4): 343-370.

WOOD, J. W., D. J. HOLMAN, K. A. O'CONNOR Y R. J. FERREL

- 2002 Mortality models for paleodemography, R. Hoppa y James W. Vaupel, *Paleodemography. Age distributions from skeletal samples*, Cambridge University Press, Cambridge, UK: 129-168.

WOOD, J. W. Y G. R. MILNER

- 1994 The osteological paradox reconsidered. Reply, *Current anthropology*, 35(5): 631-637.

